

LA REVISTA BLANCA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *El feminismo*, por Teresa Mañé.—*Naturaleza*, por Charles Money.—*Obra de todos*, por J. M.
CIENCIA Y ARTE: *Medios de defensa del organismo humano*, por Julio Broutá.—*Ciencia y socialismo*, por el Doctor Boudin.—*La luz y el sentido de la vista*, por A. G.—*Páginas sueltas*, por Soledad Gustavo.
SECCIÓN LIBRE: *Revolución y república*, por A. Lerroux.—*Filosofemos*, por Anónimo.—*En revenant de la revue*, por Anselmo Lorenzo.—*Un clavo saca otro clavo*, por Aurora Vilanova.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Sin epigrafe*, por Francisco Tomeu.—*Partidos ilegales*, por Aurelio Muñiz.—*El escapulario*, por Juan Casanovas.
SECCIÓN ADMINISTRATIVA: *A suscriptores y corresponsales*.

ADMINISTRACIÓN
8, PONZANO, 8
MADRID



SOCIOLOGÍA

EL FEMINISMO

Muy debatido es este tema por los pensadores modernos; pero muchos no dan en el *quid* de la cosa.

La cuestión no estriba en discutir si la mujer es más ó menos inteligente que el hombre, si es apta para salvar los intrincados laberintos de la ciencia, ni si tiene cerebro para elevarse á las regiones de la filosofía. No ha de discutirse capacidad, sino derechos.

Llevamos aún sobre nosotras el peso del dominio de la fuerza que el hombre trae consigo de las generaciones bárbaras que nos precedieron, y el feminismo tiende á desprenderse de la tutela del sexo fuerte, no á invadir sus dominios ni á querer *hombrearse*.

En las sociedades pasadas dominó el derecho de la fuerza, pues el más fuerte era el amo, no el más bueno ni el más inteligente. El hombre, obligado á sufrir ese dominio, á su vez, se convirtió en tirano de lo único que podía tiranizar: de la débil compañera que la naturaleza había puesto á su alcance. Si las sociedades van perfeccionándose á medida que se desprenden de todo un pasado bárbaro, justo es que se reconozca el derecho que abona á la mujer de querer emanciparse, ya que tanto como se ensancha el camino de la libertad suplanta á la razón de la fuerza, *la fuerza de la razón*.

Cuando el hombre era considerado como *bestia de carga*, pase que como á tal tratara á su compañera: en medio de su brutalidad otra cosa no podía dar de sí. Pero pasó el reinado de la fuerza para *nunca jamás* volver—aunque crean lo contrario los pesimistas—y el hombre, soberano ser en el planeta, si con su inteligencia domina los elementos y lo mismo baja al fondo de los mares que se eleva á las regiones de lo infinito, pone alas al pensamiento y hace que audazmente cruce los dilatados horizontes, no puede, no debe hacer lo propio con la mujer que no es una cosa inconsciente, sino un ser pensante; no puede, no debe querer ver en la mujer la débil musculatura, sino la conciencia humana que revestida de este ó aquel ropaje camina á la conquista de sus derechos por senderos iguales ó semejantes que el hombre mismo.

Hablando del feminismo pasan el tiempo los hombres pensadores discutiendo nuestro carácter, nuestra naturaleza, el temperamento que tenemos, nuestra construcción orgánica, el ángulo facial, el abultamiento más ó menos pronunciado de ciertas partes del cuerpo, el pelo más ó menos abundante que cubre nuestra epidermis; pero nada dicen de que sin darla una verdadera instrucción, rodeándola de preocupaciones tales que no se atreve á pisar las aulas universitarias, tratándola como *cosa delicada* á veces y otras, como dice Sellés en *El Nudo Gordiano*, como «un montón de carne lasciva sobre un espíritu muerto», la mujer dando un mentís á los que discuten sus facultades, háse elevado á los más altos puestos de la ciencia, de la filosofía, del arte, ha salvado todos los escollos que se interponían á su vuelo y audáz, intrépida, victoriosa, ha disertado en la cátedra, ha perorado en el *miting*, ha discutido en públicos congresos haciendo ver que lo mismo se entusiasma por lo grande que por lo bello, por lo sentimental que por lo profundamente revolucionario.

En todas las sociedades tenemos nuestro grano de arena. ¿Hay precisión de anotar aquí los nombres de Safo, célebre poetisa de la antigüedad; de Aspasia, maestra de Sócrates; de Polícrata, hija de Pitágoras, cuyas lecciones eran más apreciadas que las de su padre; de Maria Agnesi, eminente poliglota, profesora en la Universidad de Bolonia; de Beatriz Galindo, la célebre *clásica* española; Maria Dupré, Eloisa, Mm. Staël, Mm. Roland, la gran Concepción Arenal, y mil y mil que han sobresalido eminentemente en las ciencias y en las artes teniendo que saltar por sobre leyes y preocupaciones?

Apesar de todo la mujer sólo pide que se la conceda lo que como sér humano y libre tiene derecho; esto es, que se la reconozca civilmente como el hombre, que se la liberte de la tutela que éste ejerce sobre ella y que el Código las trate por igual. Lo demás ya vendrá: ábranse las Universidades á las mujeres, concédaselas el derecho de ciudadanos libres y la capacidad, si la tiene ó no allá veremos.

¿Qué fuerza pueden tener las opiniones de los sabios cuando aún no puede apreciarse por falta de medios lo que es y lo que vale la mujer? ¿Sobre qué base asentarán su castillo de naipes esos hombres que los más tienen prejuicios directos sobre el sexo que tratan de discutir?

Habla por nosotros una eminencia científica: «La organización masculina y femenina no se distinguen en los primeros tiempos de la vida intrauterina; ni en la niñez se ven diferencias entre niños y niñas en punto á la capacidad de sus facultades. Estas diferencias se marcan precisamente cuando viene á modificar las respectivas aptitudes la instrucción, tan distinta en uno y otro sexo. Hágase sino la prueba: póngase al niño y á la niña en las mismas condiciones, tanto de instrucción como de educación, tanto del medio como de los alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales y nos encontraremos con mujeres que saldrán buenas y otras que serán inútiles; lo mismo que pasa con los hombres. Las habrá que alcanzarán poco provecho con todos sus esfuerzos; en cambio las habrá que con menos trabajo lograrán hacerse notables.»

Estas ideas, que yo he tocado su eficacia regentando algunos años escuelas de ambos sexos, en las que había niños y niñas mayores de 12 años, época en la que se desarrollan las facultades y aptitudes; me ha dado una prueba perfectísimamente palpable de que en igualdad de circunstancias son semejantes intelectualmente el niño y la niña.

Dejando aparte, sin embargo, estas digresiones que he creído necesarias en vista del modo como entienden los hombres pensadores ese manoseado tema del feminismo, repito que la mujer en él busca principalmente sus derechos, pues entiende que sin ellos todo lo demás es palabrería inútil; conquistados éstos lo otro ya vendrá por sus mismos pasos.

Porque ¿de qué le sirve á la mujer casada tener aptitud para dedicarse al comercio, si el Código le priva tal ejercicio, si el marido *no lo quiere*?

¿De qué le sirve á la mujer casada tener aptitud para dedicarse al periodismo, si viene el Código y la priva del ejercicio de tal aptitud, si el marido *no lo quiere*?

Y lo más chocante que para ese ejercicio hay la prohibición de la ley que te considera menor de edad; pero en caso de denuncia te condenan como al hombre. Derecho ninguno, deberes todos.

Vamos, que deberían confesar ingenuamente los hombres que entienden de leyes, que además de ser muy deficientes ellas, tenemos las mujeres razón que nos sobra al querer sacudir ese yugo tan molesto que nos pone en el caso de romper la armonía del hogar, si nosotras *queremos* algo que al tirano impuesto por la ley no le viene en gana, ó hacer todos los medios imaginables de quedarnos viudas que es cuando se está en el pleno goce de los derechos.

Afortunadamente viene la sociología moderna á llenar este vacío asegurando en sus principios que los derechos tienen que determinarlos los dos sexos, puesto que á los dos toca el cumplimiento recíproco de los deberes. Y no tan solo reconoce iguales derechos á la mujer que al hombre en el mundo moral, sino que tal vez más en el material ya que entiende es una función dignísima la de la reproducción ó maternidad (pues no puede estar conforme con la doctrina de Malthus) y por ende acreedora de las atenciones todas la mujer que cuida de tan gran función social.

TERESA MAÑÉ.

NATURALEZA

Vuelta á la naturaleza. Esta es la frase que aplica Zola al naturalismo literario que es el naturalismo en la sociedad manifestado por medio del arte.

Volvamos á la naturaleza de donde huyó el hombre al dividirla, adulterarla y oprimirla. División de terreno que se necesita para la vida de todos; adulteración de alimentos cuya naturalidad es indispensable á la salud del individuo; opresión de deseos, de pasiones y de necesidades que son menester para la felicidad del ser humano.

Y al constituirse la sociedad sobre esas bases antinaturales, antihumanas y egoistas, se dió el primer paso en el camino de nuestra decadencia física é intelectual. Física porque el hombre es un muñeco, sin potencia pasional, sin *resistencia* orgánica. Intelectual porque únicamente concibe ideas *anémicas*, desarregladas, mezquinas, propias de un cerebro enfermo.

¡Existen hombres sanos así del cuerpo como del cerebro!

Vedlos. Son aquellos que viven más en contacto con la naturaleza; son aquellos que para los actos de su vida no consultan más libro que el bello libro de su

organismo. No siguen modas, no se alcoholizan, no comen artificios, no amagan su cuerpo á los rigores del clima; buscan la comodidad, no el capricho; hallan la belleza en lo útil y agradable; trabajan, hacen ejercicios corporales, miran al sol cara á cara, desafían las nubes, el viento, consideran á la tormenta como una revolución necesaria á la purificación de la atmósfera; satisfacen sus deseos y sus necesidades cuando la sociedad se lo permite. Ejemplen en eso:

Vive el árbol en el monte bajo el sol abrasador, chorreado por la lluvia, estremecido por el viento, robusto, hermoso y gallardo; en las poblaciones un sol sin aire, sin humedad, sin viento, débil, enfermo y contrahecho. Aquel da fruto abundante y sabroso; éste escaso y de mal gusto.

Y respirando aire sano y recibiendo abundante luz y asimilándose sustancias naturales y propias de su organismo produce el hombre fruto abundante y sabroso. Fruto del cerebro las ideas; fruto del cuerpo los hijos. Y se siente y se ama y se goza con potencia, con tranquilidad, con satisfacción intensa, profundamente natural.

No es ese sentimiento, ese amor y ese goce artificial del neurótico que más parece ataque nervioso que satisfacción interna. Y entonces el hombre se siente ca-paz para dominarlo todo, para desafiarlo todo, para arrostrarlo todo con serenidad, con energía indomables.

Faltan hoy caracteres. No se tiene memoria, ni voluntad, ni aspiraciones, ni entusiasmos. Se vive en plena neurosis, en plena vida artificial.

No confíes en la palabra del amigo porque no la recordará después de prometida. No fué una voluntad sana la que movió sus labios. Fué una impresión de momento sin que de ella participara la naturaleza.

Precisa que volvamos á la naturaleza dándole lo que de ella es: nuestra sangre, nuestras pasiones, nuestras ideas. Realizar lo que ella demanda es la suma sabiduría.

¿La naturaleza puede formar mónstruos?

El eminente sabio y escritor francés doctor Boudin en su obra «El hombre natural» lo ha dicho bien claro y lo ha demostrado plenamente: «Lo mónstruo no es natural. Los animales no engendran deformidades; las engendra el hombre que amolda su vida á prejuicios, á preocupaciones, á leyes prohibitivas.»

¿Y para que el ser humano ha de reintegrarle la tierra y lo que ella produce? No tiene dueño el sol, no lo tiene el aire; apenas lo conoce el agua y si lo conoce es debido á la propiedad individual primera herida que el hombre infirió á su propia dicha.

Asegurada la vida ¿para qué robar y engañar al prójimo á fin de asegurarla? ¿Para qué recurrir á la muerte ajena si queremos asegurar la propia vida? Seamos ricos y no habrá necesidad de adulterar los productos y de asesinar lentamente á la humanidad para enriquecernos. Innecesario fuera que los pobres vivieran en escasez, y en parajes antihigiénicos. El hombre viviría de la manera mejor, libre de la tiranía económica. Y entonces volvería esta naturaleza perdida cuya falta nos convierte en enfermos perpétuos, en errantes perpétuos, sin dichas ni placeres.

Rasguemos y olvidemos lo que sea una dificultad á las satisfacciones naturales. Es menester retornar á la naturaleza lo que ella demande, lo que á ella es agradable y lo que nos promulgue con su sabiduría infinita.

CHARLES MONEY.

OBRA DE TODOS

Lazo indefinido es la historia del progreso humano. En el mundo científico existe también aquella selección mentada por Darwin y que Spencer encuentra en las obras de la inteligencia.

Inventos sirven para unir y comprender otros y para enlazar antiguas creencias con creencias nuevas.

La ciencia asomó la cabeza humildemente. La luz adquirió potencia por grados casi imperceptibles. El progreso extendía su manto dorado sobre el mundo habitado por el hombre. ¿Dónde empieza este tejido sublime? ¿Dónde acaba? Imposible determinarlo. Tampoco puede precisarse donde comienza y donde concluye este ó aquel orden de ideas.

Ningun hombre por eminente que haya sido puede considerarse autor de un invento. La obra del progreso es obra humana, no individual. El espíritu de Hiparco fué con Colón á descubrir la América; Arquimides tiene su grano de arena en la ley que descubrió Newton.

Los adelantos que componen el progreso actual representan el producto de la especie, no de unas cuantas personas. El hombre que pronunció la primera ó la última palabra sobre la aplicación del vapor basó sus conocimientos en los ajenos. Siendo solo en el mundo ¿hubiera realizado sus maravillas?

No intentamos desmerecer el valor de los hombres eminentes; queremos, sí, indicar que el hombre es, por una parte, lo que puede ser y por otra, lo que la sociedad permite que sea.

Injusto crear clases en el mundo, así en la esfera intelectual como en la económica, pues aparte de que la cuestión de medios es la única causa de la ignorancia de unos, otros, que parecen de obtusa inteligencia, podrían dar grandes resultados aplicada en aquello que libremente eligieran.

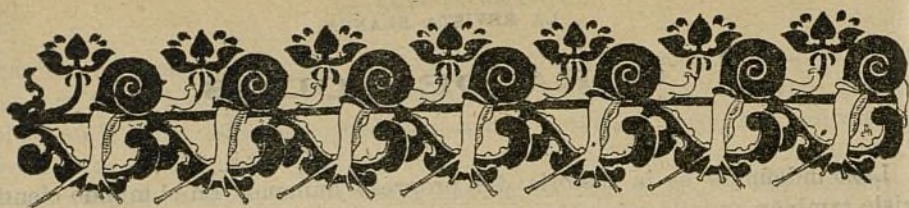
Si estudiáramos las leyes que concurren á la formación de los caracteres, hallaríamos que hasta en la masa gris de los cerebros superiores hay la mano de la humanidad. Ella tiene parte en nuestros actos, en nuestros pensamientos y en nuestra materia.

Los científicos no pueden vanagloriarse de ser los únicos autores de sus obras.

Hay en ellas compendiados los conocimientos de todos los científicos pasados. Se ha formado la actual obra científica, acumulando el esfuerzo intelectual de las generaciones. De no existir las pasadas, seríamos para la civilización, lo que para ella representan aquellos siglos metidos en la nebulosa de la humanidad de cuya existencia nada sabemos nosotros.

No ha de haber clases superiores por su inteligencia, como no las ha de haber por sus caudales. Somos ricos á costa de la pobreza ajena; somos sabios á costa de la ignorancia de los demás. No es obra nuestra la inteligencia. Para obtenerla ningún esfuerzo hemos hecho. No podemos, pues, exigir premio por una condición extraña al esfuerzo individual y que, los que no la poseen, podrían dar algo por obtenerla.

J. M.



CIENCIA Y ARTE

MEDIOS DE DEFENSA DEL ORGANISMO HUMANO

Si á pesar de los millones de millones de microbios que flotan en la atmósfera que respiramos, pululan en el agua y los comestibles que introducimos en nuestro estómago, lo ocupan y lo llenan todo, no nos morimos á los pocos meses de nacer, es que indudablemente nuestro organismo debe estar provisto de medios de defensa contra tan diminutos enemigos. En efecto: según expuso hace poco Mr. Roy en la *British Medical Association*, la naturaleza nos ha suministrado varios medios de resistencia contra las influencias morbosas.

¿Como por ejemplo, está protegido el sistema de la respiración contra los innumerables microbios de la atmósfera que á cada aspiración en él penetran? Pues en las superficies de las mucosas hay ciertas celdas en continuo estado de movimiento y de formación, las cuales absorben y aniquilan aquellos seres microscópicos. Si estos últimos logran preponderar, entra en acción otro mecanismo protector, efectuándose la secreción de un humor bronquial que en primer lugar protege directamente la mucosa, luego provoca la tos, eliminándose las materias nocivas con la expectoración. De una manera análoga intervienen el vómito y la diarrea en afecciones de las vías de la digestión. Papel importante es también el que desempeñan las inflamaciones y calenturas, que no tienen otro objeto que eliminar de una parte del cuerpo ó de la circulación de la sangre los microorganismos nocivos. Hasta el dolor, no es más que una disposición protectora del organismo, pues acciona el vaso-motor para la regulación de la afluencia sanguínea.

Desde que estos hechos están adquiridos, á la ciencia, la calentura, por ejemplo, no se trata ya como causa de la enfermedad sino como síntoma consecutivo de la misma, por el cual el cuerpo tiende á ayudarse por sí mismo y que desaparece simultáneamente con la afección fundamental.

Otro de los medios de defensa de nuestro organismo consiste en los microbios que éste contiene y entablan lucha encarnizada contra los microbios que tratan de invadirlo, logrando los primeros con frecuencia rechazar ó aniquilar á los intrusos.

A este propósito recordaremos los interesantes experimentos de los doctores Weigmann y Zwirn, encaminados á observar el modo de comportarse los bacilos del cólera en la leche y el queso. Dichos experimentos se hicieron de la manera más natural posible, siendo los bacilos del cólera añadidos en todas las fases de la fabricación del queso, y examinada luego su vitalidad en intervalos más ó menos largos.

Pues bien; en todos los casos se observó que los bacilos del cólera se morían en el queso. Hubo un caso en que habiendo sido inficionada la leche algunas horas antes de usarla los bacilos del cólera ya habían desaparecido seis horas después de la fabricación del queso.

Los mismos resultados dieron los experimentos practicados con leche pura. Constó que los bacilos del cólera en la leche morían á las pocas horas y esto se explica, porque las bacterias de la leche aniquilan á las del cólera.

El hecho no es de extrañar cuando consideramos al número prodigioso de bacterias que contiene la leche y el queso.

Nuestro organismo se comporta, á veces, como los quesos. También contiene gran número de microbios que, como más arriba indicamos, luchan contra los de fuera.

Pero aún hay otro medio de defensa del organismo, más interesante que los que acabamos de aludir y en cuya explicación tenemos que detenernos un rato.

Examinando la sangre, así en el interior del sistema vascular como fuera de los vasos, se la encuentra constituida por un líquido incoloro, en el seno del cual se ven ciertos elementos anatómicos, coloreados ó no, que se llaman glóbulos de la sangre. El estudio químico del plasma sanguíneo era bastante difícil en otro tiempo, por las dificultades que se encontraban para la eliminación de los glóbulos. Sabido es que la sangre extraída de los vasos se coagula rápidamente, convirtiéndose en una masa en la cual se hallan englobados los elementos anatómicos que ya es imposible separar. Hunter fué el primero que indicó el medio de impedir esa coagulación. Consiste en mezclar con la sangre una fuerte disolución de sulfato de sosa, y de ese medio se valieron después Denis, Audral, Gavarret y otros. Una vez impedida la coagulación basta filtrar para que se separen el plasma y los glóbulos.

Si se deposita en una placa de cristal una gota de sangre recién extraída de una vena, y se la examina con el microscopio, se ve que el plasma, ó mejor dicho protoplasma, se compone de partículas orbiculares más ó menos granulentas. Al acercar la gota de sangre á un foco de calor lo suficiente para que tome la temperatura del cuerpo humano, se observa que los corpúsculos blancos que forman el protoplasma extienden y mueven ciertas prolongaciones de mayor ó menor longitud (pseudópodos) desde cualquier punto de su cuerpo, de los que se siguen para la progresión, arrastrándose por la superficie del cristal, lo mismo que las formas más rudimentarias de la vida animal, que por la facultad de cambiar su forma, se llaman amibos. El espectáculo de que algo, que antes conocíamos como parte integrante de nuestra sangre, se mueve como un ser independiente casi, tiene que producirnos cierto vago malestar. Y sin embargo, no hay en ello nada que no concuerde con lo que sabemos de las partes constitutivas de las estructuras animales. Así, por ejemplo, la lengua de la rana está cubierta con una capa de células que cada una está provista de dos filamentos; cuando estos filamentos se

mueven todos á un tiempo, producen en la superficie de todo el órgano una corriente constante hacia determinada dirección. Al raspar suavemente la lengua de una rana, podemos separar algunas de dichas células filiformes, y al examinarlas con el microscopio en una gota de agua, observamos que continúan durante algún tiempo sus movimientos rastreros, lo mismo que lombrices que se retuercen. Es más, dichas células segregadas de su órgano, al recibir una excitación por contacto se comportan de la misma manera que si estuviesen todavía unidas al mismo, es decir, que por ligero contacto, á los movimientos de los filamentos se les imprime mayor actividad, é irritándolos más fuertemente quedan inmóviles á ratos.

Se puede, pues, considerar cada elemento constitutivo de nuestro cuerpo, en cierto modo, como ser animado independiente, aunque todos esos elementos cooperan juntos en maravillosa armonía al bien común de nuestro organismo.

JULIO BROUTÁ

CIENCIA Y SOCIALISMO

Cuando mi amigo Fenix Feneón, redactor y administrador de *La Revue Blanche* me encargó que por amor á España, colaborara en LA REVISTA BLANCA de Madrid, próxima á publicarse, prometí hacerlo como quien cumple con los deberes que impone una amistad cara. No sentí entusiasmo por la oferta ni me halagaba el nuevo compromiso que echaba sobre mis hombros. Había leído escritos tan despreciables para la nación española que la consideraba incapaz de publicar una Revista seria y medianamente bien presentada en cuanto á Sociología, Ciencia y Arte, los tres puntos precisamente que la nueva publicación pretende eratar. Escribí el primer artículo indiferente, sin cuidarme mucho del conjunto ni del detalle, porque según mi creencia, no exigían más los conocimientos de los lectores que mi trabajo había de tener. Así es que eché mis cuartillas al correo sin cuidarme más de ella ni de LA REVISTA BLANCA.

Mi amigo Feneón había dicho: «Hazlo por amor á esta nación tan desgraciada; procuremos que nuestras ideas positivas y redentoras metan un rayo de luz en las tinieblas de España profundamente atrasada y esclava del clericalismo y de la empleomanía.» Y estas excitaciones habían contribuido á mi abandono por las cosas de España. Además nunca en revistas ni en libros había leído el nombre de esta nación como inventora de alguna maravilla científica ó como autora de alguna alta personalidad filosófica. Los triunfos del médico Servet habían sido ahogados con ventaja enorme por la Inquisición, y si débilmente nos acordábamos de los intrépidos navegantes Colón y Magallanes, nos cortaba la memoria el siniestro recuerdo del Leproso; enorme mancha capáz para oscurecer luz más clara y brillante que esta débil que se divisa al otro lado de los Pirineos. Más recientemente nada digno de loa ha hecho España y los hombres pensadores hanla abandonado tanto que aunque hubiera realizado acciones dignas de tenerlas en cuenta cuando de Sociología y de Ciencia se escribe, las hubiéramos olvidado á la indiferencia del movimiento científico y la injusticia de nuestros críticos. Para colmo de desdicha sale á la superficie de las vergüenzas este monstruoso Montjuich, que

ha pregonado por todas partes la barbarie española y que hubiera malparado reputaciones nacionales algo más sólidas que la que puede presentar la nación que guarda como una de sus glorias más legítimas sus fanáticas tradiciones y sus cualidades bélicas.

No me acordaba de España, ó si me acordaba era para formular dichas consideraciones las más generalmente admitidas, cuando una semana noté la presencia de un nuevo periódico entre mis papeles escrito en lengua extraña para mí, pues siempre había creído que no me serviría el tiempo que empleara estudiando un idioma que si era bello y rico como lenguaje, sólo traducía las ideas de los trabajos que insertaba esta publicación y ver un trabajo mío entre ellos, quise enterarme de todos procurándome un amigo que me los tradujera. Caí en la cuenta de que era la publicación recomendada por el distinguido crítico y amigo antes mencionado.

Lo que había empezado por un deber bien pronto se convirtió en gusto; y hoy, que escribo el tercer artículo para LA REVISTA BLANCA, lo hago ya con entusiasmo y voluntad. Creo á la Revista española y perdóneseme la inmodestia, digna de mi modesto nombre y considero que una nación capaz de leerla y de escribirla, no es tan despreciable como se me había dado á entender.

Y dadas estas explicaciones que doy para descargar mi conciencia de graves injusticias contra España, y para rehabilitar á una nación que aún puede llegar á tiempo, llenaré el espacio que me falta que es bien poco, dadas las dimensiones que yo doy á mis artículos diciendo algo referente á las enfermedades que padece nuestra especie.

Quería hoy ocuparme de la locura con alguna atención, pero puesto que no puedo dedicársela toda la que yo desearia, diré cuatro palabras respecto el particular dejando para otro día explicación más detallada.

Hay dos clases principales de locos: los que llevan la locura ó los gérmenes de la locura en su organismo y los que llegan á ella por una impresión enorme de la materia cuyo receptor es el medio. De los primeros diremos lo que de las enfermedades hereditarias dijimos: que para manifestarse necesitan que la sociedad pervierta á los organismos por medio del alcohol de las dolencias morales, de la falta de ejercicios físicos, pues la de histerismo, la neurostenia y todas las enfermedades que constituyen la degeneración propiamente dicha, son el primer elemento de la locura. La de los segundos reconoce por principal causa contrariedades de la vida, coacción de las pasiones, quimeras sobre las penas de la otra vida, etc.

Ni aún admitiendo la frase en su mayor latitud podríamos creer que hubiese locos naturales, pues los idiotas y los tontos que forman el producto más despreciable de la degeneración de nuestra especie no son consecuencia de la naturaleza, reconociendo como reconoce por falta de agotamiento de las cualidades cerebrales gastadas en esta lucha contra el hombre y contra los elementos y que después una organización social defectuosa impidió que se rompiera con el descenso ó no fué lo suficiente sabia para prevenir al individuo los peligros que corría si consumía más sustancia gris de la que podía reponer.

Y como este asunto es largo y tengo concluidas las cuartillas que yo destino á un artículo, lo dejaré para tratarlo otro día con más extensión.

DOCTOR BOUDÍN

LA LUZ Y EL SENTIDO DE LA VISTA

De cuantos agentes físicos impresionan nuestros sentidos y que, por su mediación, nos ponen en comunicación con el mundo exterior, no hay ninguna que tenga tanta importancia como la luz.

Sin la luz, ó lo que es igual, sin el órgano de la vista sería forzosamente muy limitado el conocimiento que tendríamos de los cuerpos ó de los seres que componen el universo. Por el tacto solo, de cuyo sentido vienen en cierto modo á ser modificaciones ó variedades el olfato y el gusto, no estaríamos en relación sino con los objetos á los cuales podemos acercarnos hasta tocarlos. Verdad es que merced al oído podríamos percibir los movimientos íntimos de cuerpos extraños situados á alguna distancia, por esta sensación sola nos serviría cuando más para juzgar de la dirección en que se hallan estos cuerpos y aún así y todo no podríamos traspasar los límites relativamente muy circunscritos, de la tierra y su atmósfera.

Privados de la luz, ó del sentido de la vista, ¿qué sabríamos de la forma, dimensiones, distancia y posición relativa de los cuerpos situados en dichos límites? ¿Qué idea podríamos formarnos de esas propiedades variadas por las cuales se diferencian entre sí, de su orden, de sus movimientos? Casi toda el inmenso terreno de las ciencias físicas y naturales estaría vedado para nosotros. Ni siquiera podríamos imaginar la extraordinaria pequeñez del círculo al cual se limitarían nuestros conocimientos, observando lo que les pasa á los ciegos de nacimiento; porque si bien es verdad que estos no conocen por sí mismos lo que es la luz y el color, en cambio gracias á la educación, al lenguaje, al auxilio de las personas que ven y con las cuales viven, pueden adquirir y en realidad adquieren una porción de nociones de que su falta de vista les hubiera privado para siempre, si hubiesen estado solos.

Hay que confesar por otra parte que la vista sola, sin el socorro y examen de los otros sentidos, nos proporcionaría nociones muy vagas del mundo exterior; pero gracias á la educación práctica que resulta de su concurso, adquirimos sucesivamente la idea de la existencia real de nuestro propio cuerpo, y luego la de los cuerpos extraños, de su forma, dimensiones y distancias. Juzgamos de su relieve por el claroscuro de su superficie, y la innumerable variedad de colores que esta superficie presenta nos ayuda á distinguirlos unos de otros y á recordar sus cualidades especiales.

Finalmente, la luz y el sentido de la vista son los que nos permiten conocer su estado de reposo y de movimiento; y como la mayor parte de los fenómenos cuyas leyes estudian las ciencias naturales y físicas consisten en movimientos, ya del conjunto de los cuerpos ó bien de sus partes, llegamos á averiguar cuales son esas leyes observando la dirección, velocidades y períodos de dichos movimientos.

La simple vista basta para proporcionarnos esos medios preciosos de investigación científica; pero ¡cuánto más eficaces son cuando podemos añadirles el recurso de los instrumentos de óptica, basados precisamente en el conocimiento de las leyes de los fenómenos luminosos! Valiéndonos de estos instrumentos, podemos multiplicar en proporción enorme la potencia de nuestro órgano visual. Gracias

al telescopio se ha ampliado indefinidamente el campo de la astronomía, limitada en un principio á los astros visibles á la simple vista, y en el dominio del espacio infinito hemos conquistado regiones desconocidas del universo, pobladas de mundos innumerables relegados á distancias aterradoras. Concentrada en el foco de nuestros poderosos instrumentos, la débil luz, radiada por esos astros, que se perdía por decirlo así antes de llegar á impresionar nuestra retina, y hoy multiplicada por la superficie, de los objetivos telescópicos, nos ha demostrado la existencia de los cuerpos que la mente más osada apenas podía concebir. Del propio modo y gracias también al microscopio, ha aparecido ante nuestra asombrada vista el mundo de los infinitamente pequeños, y hemos podido penetrar el secreto de la constitución íntima de seres cuya existencia ni siquiera sospechábamos antes.

En todo lo que precede, no consideramos la luz, sino con relación á su importancia intelectual ó científica. Si de aquí pasáramos á ocuparnos del cometido que desempeña en la economía de la naturaleza, en la influencia que ejerce en nuestra existencia misma, en la de los seres organizados ó vivientes, veríamos que este agente físico no tan sólo es útil, sino también indispensable, condición necesaria de la vida por lo menos en la superficie del globo que habitamos. Y en efecto, sin la luz los vegetales no podrían desarrollarse y por consiguiente no podría existir la vida animal, íntimamente ligada á la existencia de los vegetales mismos. Si dejásemos de percibir la luz, aún cuando ésta continuara ejerciendo en la naturaleza su benéfica influencia, si el hombre estuviera privado del sentido de la vista, ¿quién no comprende que su existencia estaría sino absolutamente amenazada, por lo menos muy comprometida? No sería la ciencia únicamente la que entonces sufriría notable menoscabo, sino también todo cuanto constituye nuestra superioridad sobre los demás animales. Por lo demás, ¿qué supondría la luz para nosotros si careciésemos del órgano mediante el cual percibimos sus variadas manifestaciones?

La luz es para el hombre, lo propio que el sonido, un fenómeno á la vez exterior é interior.

Todo foco luminoso, el sol, por ejemplo, lo es también de un movimiento vibratorio que conmueve el éter en todos sentidos, propagándose luego con extraordinaria rapidez en forma de ondulaciones de diferentes amplitudes y períodos. Este movimiento atraviesa ciertos medios, tropieza con los cuerpos, se refleja parcialmente en ellos, queda absorbido también en parte, se rompe y se fracciona de diversos modos produciendo los más variados efectos; aquí, elevación de temperatura: allí, combinaciones y descomposiciones químicas, etc. Todo esto es el lado exterior del fenómeno, la forma bajo la cual existe, abstracción hecha del hombre ó de cualquier otro ser capaz de experimentar la sensación de la luz. Ahora bien, si en el trayecto de estas radiaciones se encuentra el órgano visual del hombre ó de cualquier otro ser viviente, al punto se comunica la conmoción por la retina á los nervios ópticos, excitando en ellos la sensación de la luz con todas sus modificaciones de brillo y de colores. Tal es el fenómeno interior que depende de nuestra organización, de nuestra sensibilidad, y así lo prueba el que de las radiaciones emanadas de un foco, tan sólo las que tienen cierta rapidez en sus períodos producen la sensación luminosa. Las ondas menos rápidas y más largas dan origen á fenómenos caloríficos, sin que haya luz, sucediendo lo propio con las más

rápidas y cortas, cuya acción se manifiesta únicamente en forma de fenómenos químicos.

Consideradas en sí mismas las ondas caloríficas, las luminosas y las químicas, no difieren sin embargo de naturaleza; unas y otras son movimientos vibratorios emanados de las mismas fuentes y producidos por la propia causa; su duración, la rapidez con que se suceden son los únicos elementos que establecen entre ellas alguna diferencia. Todas se confunden en el seno del éter, del medio eminentemente elástico en que se propagan, y solamente parecen como separadas al tropezar con cuerpos, ya sean inorgánicos ó inertes, ya organizados ó vivientes, minerales, vegetales ó animales, sólidos, líquidos ó gases, ó al penetrar en sus substancias. Entonces es cuando se transforman esos movimientos vibratorios, y cuando los unos se manifiestan como calor, los otros como actividad química y los otros en forma de luz.

Vese pues, que la sensación de la luz y de los colores no es otra cosa sino esa propiedad particular que tienen los nervios ópticos de ser impresionados por radiaciones de cierta intensidad, emanados de lo que se llama una fuente ó foco luminoso. Es una propiedad puramente peculiar del hombre, y, en cierto grado que ignoramos, de los animales. También es posible que ciertos seres vivientes perciban como luz ondas que son para nosotros exclusivamente caloríficas, u otras ondas que nos producen un efecto exclusivamente químico.

A. G.

PÁGINAS SUELTAS

(DE UN LIBRO INÉDITO)

En una de las regiones más pintorescas de España, entre los mejores puertos del Mediterráneo, se asienta la rica, bella y populosa ciudad de Javentia, cuya industria es extensísima y cuantiosa y cuyo comercio favorecido por la excelente situación topográfica que ocupa aquel territorio no han podido detener ni los cambios de gobierno, ni las guerras civiles, ni las frecuentes convulsiones políticas y sociales que en todo tiempo lo asolaron, debido sin duda al carácter emprendedor y laborioso de sus habitantes.

Gran número de hilos telegráficos y telefónicos, ferrocarriles terrestres y aéreos que en todos sentidos se cruzan por las calles y vías públicas, miles de chimeneas despidiendo espirales de humo, hormigueo incesante de la muchedumbre que se agita y remueve; todo demuestra que la ciudad merece el título de rica y bella que la damos.

Una de las notabilidades que más descuellan en nuestra ciudad y que todo viajero cree imprescindible visitar, es Júpiter, el monte de las sombrías baladas y lúgubres tradiciones cuyas consejas y leyendas envueltas en los pliegues más recónditos de la imaginación ardiente y soñadora no han podido barrer, ni las hecatombes sangrientas á que dieron lugar el fundamento de tales consejas, ni las desprecupaciones de la generación que se sucedió.

Y es que, la leyenda es la recopilación de todos los detalles más ó menos lúgubres, más ó menos sombríos que escapan á la Historia por la misión misma que ésta tiene de la severa narración, seca, deficiente á veces en hechos como el que nos ocupa.

Antiguamente fortaleza inexpugnable para extranjeras invasiones, después castillo inquisitorial, donde—dícese—se aplicó el tormento á infinidad de cautivos que hordas fanáticas aprisionaban, y por último, ruinas de lo que fué, pues manos justicieras en una de esas convulsiones que dejan marcado su paso en la historia de todos los pueblos desmoronaron piedra por piedra aquel símbolo de la tiranía de todos los tiempos, donde á últimos del siglo XIX se reconstruyó la infamante y terrorífica Inquisición ni más ni menos que en los nefastos días de Torquemada.

*
* *

Vamos á entrar en materia, lector querido y mejor aún lectora, si me cabe la suerte de tener quien me lea, á esa hora en que el sol baja como un globo de fuego á sepultarse tras los ciclópeos peñascales; á esa hora de encanto y de dulzura en que el último rayo del sol moribundo juega con el primer rayo del crepúsculo naciente, y en que el paisaje, sobre todo cuando hay azuladas ondas de por medio, parece nadar en ese océano de opalada neblina que rueda sus olas invisible por los transparentes espacios.

Sentada en una espaciosa galería de una casa de la calle 21 Mayo, se encuentra una mujer, joven aún, cuya actitud demuestra que su ánimo está poseído de una alegría que no trata de ocultar quizá porque no se necesita esconder las satisfacciones para no ser víctima del arrebato que los celos, la envidia y las necesidades, impregnaban á los individuos de pasadas generaciones.

Esta mujer, emancipada de la tiranía que desde remotos tiempos pesaba sobre su sexo, demuestra con los objetos que tiene á la mano que también lo está de las preocupaciones. No se ocupa en perifollos, ni en engalanarse para alguna fiesta donde la vanidad era el principal objeto de las diversiones de antaño y el satisfacerla pasaba á ser uno de los únicos y más preciados deberes femeniles: está redactando un episodio que ocurrió allá por los años 189... y que por la circunstancia de ser víctima de aquel acto uno de sus antecesores hace una narración del hecho.

Con la mano izquierda apoyada en la frente y la derecha sobre el papel le sorprende el beso de un joven, hijo suyo, que después de manifestarle con aquel acto el amor que para ella encierra su tierno corazón, le dijo dulcemente:—Mi padre me envía á decirte que si quieres venir á paseo.

—No,—la madre respondió—desearía concluir hoy la tarea que me impuse.

—¿Qué tarea es esa mamá? ¿A ver, á ver?

—No, Porvenir, no; hasta que concluya no quiero que lo leas y además recuerda que has de marchar á paseo con tu padre.

—Bien: ¿me prometes que á la vuelta lo leeré?

—Te lo prometo.

—Pues voy á decir á papá que no vienes con nosotros.

Al ir á marchar el hijo apareció el padre á la puerta de la galería, el cual dijo á su compañera: ¿no vienes Nereida?

—No, mi buen Harmodio: esta tarde prefiero quedarme en casa.

—Son tantas las tardes que prefieres quedarte en casa que son demasiadas.

—¿Qué quieres? me gusta más escribir que pasearme.

—Pues debería gustarte todo: acuérdate de lo que te dijo la doctora.

—Bien, me acordaré; esté sin cuidado.

—Vámonos, Porvenir.

—Como gustes, papá.

—Salud, amados míos—dijo la madre.

—Salud, amada nuestra—contestaron, padre é hijo.

Al marcharse ambos, Nereida, pues ya sabemos que así la llaman, continuó su interrumpida tarea.

Gustosa había ocupado un buen rato, cuando se presentaron un caballero y una señora acompañados de una niña de quince á dieciseis años. Los dos primeros eran médicos y la jovencita hija de ambos.

Una enfermedad que sufrió Nereida fué la causa de que las dos familias se relacionaran. Desde entonces amistad íntima, profunda, unió aquellas personas con tan estrechos lazos que más parecían vínculos de sangre que consecuencia de relación simpática.

—Buenas tardes—dijeron los recién llegados al entrar.

—Buenas amigos.—¿A qué debemos la satisfacción que nos causa tan agradable visita?

—Volvíamos de paseo y hemos querido subir á daros una sorpresa.

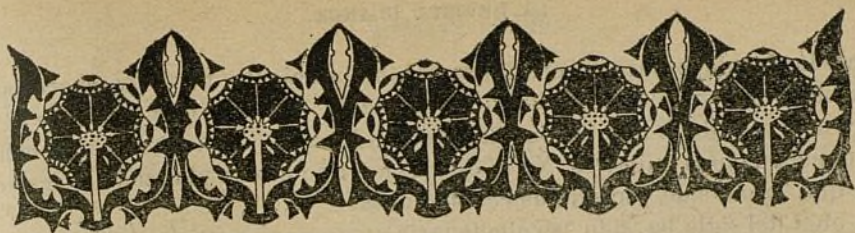
—Sorpresas que son siempre gratas para quien las recibe—dijo Nereida, entre tanto que con señas hacía acercar á la joven á quien dió un beso y alargaba dos sillones á sus dos amigos.

Como no es mi objeto biografiar personajes pasaré por alto tal bosquejo.

Sentáronse los dos á quienes llamaremos Ideal y Palmira yéndose la niña, Constancia al mirador de la galería cuyo panorama era espléndido, magnífico. El sol, envuelto en un manto de oro y púrpura se ocultaba tras las cumbres de las altas y dentelladas montañas del antiquísimo Marianelo y la campiña tomaba esa luz melancólica y suave con que se reviste á la aproximación de la noche; bandadas de pájaros venían á refugiarse, cantando, en las hojosas ramas de los corpulentos árboles que por doquier se veían en los largos y bien delineados paseos que adornaban la gran ciudad de Javentia, y el pensamiento errabundo, vaporoso, de la gentil doncella seguía extasiándose ante la belleza de una naturaleza pródiga y que atiende todas las necesidades, pues, á la par que hace que el arroyo tenga murmurios agradables, la brisa lamentos tiernísimos, el ave cantos de amor, el árbol plácidos susurros, engarza en las personas sentimientos arrobadores, idealistas, galvanizados por ese *no se qué* eterno que funde los seres en uno solo cuando al despertar pueden unificarse, fusionarse y confundirse. Porque ¿quién sabe los vuelos que daría la imaginación soñadora de una niña de quince abriles?

No seamos indiscretos queriendo ahondar nuestra mirada en aquel cándido corazón; dejémosla soñar y vivir si acaso necesidad siente de ello; ó dejémosla dulcemente dormida el sueño del olvido en la cuna de su inocencia si aún el capullo aprisiona y guarda las más embriagadoras fragancias entre los pétalos donde vibran, se funden y abisman las esperanzas de la vida.

SOLEDAD GUSTAVO



SECCIÓN LIBRE

REVOLUCIÓN Y REPÚBLICA

Hay quien quiere una revolución salvaje y hay quien la quiere domesticada.

Hay quien la desea tremenda y terrible; profundamente reformadora en lo social, en lo económico y en lo político; audaz, que se atreva con todo; radical, que no respete nada; intrépida, que haga frente á todas las responsabilidades.

Hay, por el contrario, quien pretende que la revolución se limite á derribar la monarquía, restaurar la República, gobernar con la Constitución del 69, vivir en paz con los privilegios tradicionales, é ir poco á poco reformando con suavidad las leyes.

Y en si á de ser esto ó aquéllo hemos gastado mucho tiempo y hemos sembrado muchos rencores los republicanos.

Los unos se creen de buena fé furibundos revolucionarios porque aspiran á cambiar de régimen por medio de la fuerza.

Los otros se suponen estadistas insignes porque quieren *armonizarlo todo*; es su frase favorita.

Convendría mucho que se reflexionara un poco sobre lo que es y significa revolución para que nadie viva engañado ó engañando.

Ser soldado de una idea es ser una fuerza, nada más.

Obrero es cosa más elevada: es la fuerza inteligente.

Hay que hacer obreros para la revolución.

*
* *

Revolución vale tanto como explosión y transformación.

Pretender realizarla con sujeción á un programa es inexacto. Ningún geólogo del mundo ha trazado jamás previamente el programa de un terremoto, su fuerza, su dirección, su extensión; ni mucho menos el mapa de la tierra dislocada por el fenómeno seísmico.

La revolución es una fuerza que se elabora en la conciencia social por gestación de muchos años. Estalla, como las fuerzas naturales, cuando debe estallar.

A veces los hombres pueden precipitar el alumbramiento, pero contenerle jamás.

Un siglo de evolución, con estallidos parciales, ha hecho que se pierda el verdadero concepto de la revolución. Aquí se han llamado revoluciones á los motines y pronunciamientos militares. No es esto negar que hayan realizado progreso, es negar que hayan sido verdaderas revoluciones.

La obra del siglo ha sido revolucionaria, pero una revolución hubiera economizado un siglo.

Los que la esperan serenos y sonrientes son unos insensatos.

Los que, más precavidos, están preparándola moldes en que vaciarla ó cauces por donde dirigirla, no la conocen.

Se rompe el dique y la inundación formidable lo arrasa todo, lo cubre todo, crece y se estiende y siembra el espanto, la desolación y la muerte.

Después las aguas recobran su nivel natural, se encauzan por su propia espontaneidad y la tierra fecundada por el limo, se ofrece otra vez virgen á la mano poderosa del hombre.

*
*
*

Rompamos el dique.

Vamos á la revolución que ruge desencadenada en las entrañas del pueblo.

Pero adviertan todos como es fácil cosa averiguar donde empieza, sin que á nadie le sea permitido profetizar donde ha de concluir.

No se pueden volver atrás las aguas de un torrente. Más fácil es que arrastren á los mismos que han destruido la esclusa.

Las revoluciones engendran hombres terribles y luego los devoran. Guillotín murió en la guillotina. Llevan dentro la conciencia justiciera y vengadora.

No se puede ir á la revolución pensando conciliar el pasado y el presente. La revolución no tiene pasado y apenas presente: no tiene más que porvenir y hacia él se precipita arrollándolo todo. Nivelá e iguala. Es implacable.

Si, el hombre *utiliza, aprovecha* las fuerzas naturales; también puede utilizar las sociales. Pero no hay que fiarse demasiado. El mar tiene tempestades que destruyen todas las complicaciones de la mecánica; la revolución también.

No es esta obra labor para hombres viejos y gastados.

La revolución es un mónstruo que necesita hombres nuevos, jóvenes, viriles, inteligentes y abnegados, audaces hasta la temeridad.

Nada del pasado: ni monárquicos ni republicanos.

Gente que aporte las inexperiencias de la teoría nueva, las osadías de la juventud irreflexiva; virginidad de adolescente, crueldad de niño, pasión poderosa de varón fuerte y robusto.

Fé y heroísmo. Las energías, muy grandes; el corazón, muy fuerte; el pensamiento, muy alto.

*
*
*

Hay que atacarlo todo y atreverse con todo.

Demoler y renovar, crear de nuevo: hé aquí el fin sagrado de la revolución.

Es preciso airear las conciencias; fuera prejuicios y convencionalismos.

Mientras ha durado la gestación, fueron posibles y acaso convenientes ciertos convencionalismos.

Hoy estorban. Cuando el volcán estalle hay que meter la piqueta en todas las resquebrajaduras. Donde hay hendiduras, hay proximidad de ruinas.

Si aspiramos á renovar el ambiente y á crear un nuevo estado social más conforme con la conciencia y las necesidades humanas, es preciso ser implacables con el pasado.

Yo aspiro á una República donde se logre la mayor suma de justicia, de libertad, de igualdad y de bienestar para los hombres. Pero si la revolución que alborea pudiese llegar más allá, más allá iré con ella.

Nada de limitaciones. Poner límites á la revolución, es castrar el pensamiento, mutilar el ideal, negar el progreso.

¡Adelante!

*
* *

¿Y por qué no decirlo?

Hay que reformar todas, absolutamente todas las leyes. *Demasiado poco!*

La organización de los estados presentes responde á necesidades ya pasadas.

Los hombres han ido remendando la legislación, pero no la han reformado.

Aún subsisten leyes que no cumplen fin alguno. *...todas lo cumplen de represión!*

La religión, la propiedad, la moral, la familia, descansan sobre conceptos erróneos, sobre leyes absurdas.

En todo eso tiene que poner su mano nerviosa y *cruel?* la revolución. En eso y *de todo en mi herida es cruel!*

en todo.

Nada es santo, nada es respetable más que la libertad.

No valdría la pena hacer una revolución para que subsistieran los privilegios políticos, económicos y sociales que hoy mantienen á los hombres en perpétua guerra de odios inhumanos.

Demoler todo lo que nos rige es una labor de titanes.

Crear un régimen basado en la igualdad, en la libertad y en el amor, es una obra de hombres nuevos, de corazones sanos, de cerebros bien equilibrados.

Costará inmensos sacrificios: para eso es la abnegación.

La sangre de las víctimas redime y fecundiza.

Es hora ya de que las clases desheredadas entren en el concierto de la vida social.

Es hora ya de que los hombres se puedan mirar á la frente sin humillar ni humillarse, sin sentir en las entrañas el remordimiento de la injusticia soportada ó tolerada.

Bobaliconadas de un pichón de traidor!

*
* *

Y quiero la República porque la República será la primera cristalización de la obra revolucionaria.

Yo no discuto su advenimiento: tráigala quien quiera, si ella es el heraldo de la revolución. Traigámosla todos juntos.

Después hablaremos.

Mas séale permitido al pensamiento manifestarse sin nubes que le oscurezcan. Después de todo, lo que yo digo no compromete á partido alguno, si los hay, ni á representación alguna, si la tengo.

Todo eso de Constitución del 69 ó Constitución de Zaragoza, ó Juntas revolucionarias ó cosas por el estilo, es ponerle puertas al campo.

Lo esencial es iniciar la revolución y dejarla que lo inunde todo, que llegue á todas partes.

Probablemente, á los tres meses de luchar todas esas Constituciones parecerán engendros de hace tres siglos.

Y en ese tiempo, la trágica grandeza del mónstruo habrá llevado torrentes de luz á muchas conciencias y á muchos cerebros, y de entre los escombros, sobre las tumbas de los primeros redentores que serán todos esos que hoy se imaginan usufructuarios del porvenir, surgirán hombres nuevos.

Engendrados por aquella madre y en aquel ambiente han de ser terriblemente grandes, como la misión que han de realizar.

Aprovecharán los primeros momentos, porque son los decisivos.

No se contarán los que caigan: hay que galopar hácia el porvenir sin volver la vista atrás.

Frente á los intereses demolidos crearán nuevos intereses; sobre las ruinas de una burguesía usurpadora y explotadora, levantarán un régimen económico nuevo; la Iglesia será hundida para que se modifique si puede, dentro de un Estado libre y láico; las instituciones privilegiadas, perderán sus privilegios y entrarán en el fuero común; el obrero podrá ser emancipado, y harán de modo que la República y el pueblo sean solidarios entre sí por la mancomunidad de intereses.

Para esto es para lo que yo pido juventud intrépida, hombres nuevos, viriles, abnegados, audaces, llenos de la pasión del porvenir, inexpertos y vírgenes, ambiciosos de gloria, pródigos de sangre propia y ajena, ángeles terribles que entren á saco en todo lo constituido, inconscientes justicieros que lleguen á la vida como el Adán de Espronceda.

Así será la revolución redentora y la República creadora.

A. LERROUX

FILOSOFEMOS

He sido fecundado por la naturaleza; luego, tanto como yo soy suyo, ella es mía. No es cosa natural al que venir al mundo lo encuentre de los demás. Desde el momento que he nacido, necesito vivir: si en este planeta no cupiera yo no habría sido creado, porque todo lo que lo está en relación se halla con el creador.

Pues bien; habiendo para todos y faltándome lo necesario ó está escondido ó lo han usurpado: he de buscarlo.

Dicen que no sé dirigirme. ¡Qué es extraño! Y lo más chocante es que lo dice quien pretende hacerlo conmigo.

La naturaleza al crearnos no hace ni directores ni dirigidos; luego no se sabe quien ha de dirigir. Una de dos; ó todos somos buenos para éllo ó todos somos malos; si es lo primero no necesito que otro me haga lo que yo me sé hacer, si lo se-

gundo es ridículo el intento de lo que no se ha de lograr. Creo nos engañan lastimosamente.

Nos engañan..... nos engañan. ¿Y si fuera cierto lo que dicen los partidarios de la autoridad?

Reflexionemos.

La naturaleza dicen que es armónica: en el infinito espacio no hay arriba ni abajo. Si todo ha de suspenderse, todo ha de ser suspendido por la atracción. El sol, nuestro astro dominante, ha de ser dominado á la vez por otro astro, aquél por otro y así sucesivamente: todos ellos han de ser dominados por una potencia central; todos han de obedecer á una autoridad. ¡Puede que tengan razón los autoritarios! Sin embargo, raciocinemos, busquemos esta potencia central.

Partamos de la base de que no hay arriba ni abajo.

Si no hay ni lo uno ni lo otro, la fuerza central tampoco puede tener otro punto de apoyo que la atracción; luego ¿qué atracción la tiene suspendida en el aire? Ha de ser otra potencia, y á aquélla otra, y á ésta otra y..... he perdido la autoridad á que obedece el mundo.

¿Y si todos los astros se obedecieran mutuamente? allí no habría autoridad. Si la atracción del sol mantuviera en el aire á Mercurio, Venus, Marte, Tierra, Júpiter, Saturno, Neptuno, Urano etc., y la atracción de estos astros al aire mantuviera al sol ¿qué planeta entonces regiría el mundo? Ninguno. Pues, si la armonía rige al mundo físico, la armonía también ha de regir al mundo humano: nadie ha de gobernar y todos han de obedecer al conjunto total.

¿Puede obedecer el hombre á una consecuencia de un modo de ser como obedece el astro á una ley que consigo lleva? Creo que sí. Fuerza y materia es el astro, fuerza y materia es el hombre. Ambos andan: aquél á impulsos de la gravitación; éste á impulsos del raciocinio. Aquél tiene una fuerza que le impide alterar su ley; ésta otra ley ha de tener que impida alterar su justicia. Atracción se llama la del primero; razón ha de llamarse la del segundo. ¿Tiene razón el hombre? Sí. Ella es, pues, la única fuerza á que ha de obedecer.

Nadie ha de gobernar y todos han de obedecer al impulso de la razón: 'é ahí la autoridad. Concededle libertad, que se le desarrollen todas sus facultades, y dejadle, que ya llegará al término de su carrera, por algo es el sér más bueno, más bello, más perfecto que existe.

ANÓNIMO.

EN REVENANT DE LA REVUE

Si fuera cierto que la justicia en las relaciones sociales ha de venir siguiendo la tramitación determinada por los políticos que quieren pasar por hombres de ciencia y de progreso; si la evolución se efectuase tal como la entienden los filósofos del privilegio, habría que convenir en que la sociedad justa y perfecta, soñada como intuición consoladora contra las desgracias de la vida y deducida de los datos de la sociología como resultado científico, está mucho más lejos que lo que ciertos satisfechos conceden cuando se hallan de humor de hacer concesiones á las esperanzas de los desheredados.

Sugiéreme esta dolorosa declaración la reseña de la gran revista militar celebrada en París el próximo pasado 14 de Julio. Allí burguesía y proletariado, mandarines y gobernados, hombres y mujeres, ancianos y niños, al contemplar aquel cuadro en que actuaban con precisión matemática como piezas de monstruosa máquina los regimientos, los escuadrones y las baterías, ostentando los colores de los uniformes y el brillo de las armas, confundidos con el ruido atornador de las voces de mando, del trote de los caballos, del rodar de los cañones, de las músicas, de las trompetas y de los tambores, se sienten electrizados por el entusiasmo y prorrumpen en un grito unánime, arrebatador, furioso: ¡Viva el ejército!

Yo lo vi el año pasado, merced á una brutalidad autoritaria que me arrancó de mi casa, me separó de mi familia y del taller donde ganaba mi subsistencia y la de los míos, me tuvo preso un año sin estar procesado y me extrañó de la patria en virtud de una ley excepcional promulgada cuatro meses después de mi prisión; entonces los vientos de la desgracia me llevaron á París; allí fui testigo de esa bacanal patriótica militar que se efectúa todos los años en honor de la República, según dicen, por más que maldita honra la que semejante fiesta pueda ofrecer á un régimen cuyos fundadores quisieron que sirviera de base á la libertad, igualdad y fraternidad. Grande fué mi asombro al ver aquella multitud de egoístas confundidos en un pensamiento común, no de tendencia progresiva, sino de atavismo reaccionario.

Porque, digan lo que quieran los poetas de la burguesía, así es esa Francia vista por dentro y con criterio recto y desapasionado: una burguesía compuesta de individuos que van á su objeto mintiendo abstracciones que no sienten ni comprenden, atropellando por todo y caiga el que caiga; un proletariado cuyos miembros viven al día en su inmensa mayoría sin familia, sin otras obligaciones que sus necesidades materiales y sus vicios, sin hijos por quienes sacrificarse, sin el amor de la compañera perpétua, apareándose cuando las circunstancias les hace sentir el celo animal y dejando la prole al cuidado de la mujer abandonada, faltos de todo ideal de trascendencia humanitaria.

¡Qué diferencia entre la Francia de fines del siglo pasado y la actual!

Entonces sus filósofos destruían los errores, los sofismas y las preocupaciones de todas las épocas y de todos los pueblos con su famosa Enciclopedia; sus legisladores fijaron en la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano las bases del derecho popular opuesto al privilegio y á la tiranía; sus revolucionarios se sacrificaban por una Francia ideal sin fronteras, como si aquel París donde fermentaban las pasiones libertarias fuese la capital del universo; sus guerreros, después de contribuir á la independencia de los Estados Unidos, hacían frente á la coalición de los soberanos europeos, luchando por sí y por todos los oprimidos del mundo, logrando confundir su grito de victoria con el canto de los marseleses, que era entonces el himno de la libertad universal; sus sabios planteaban el sistema métrico-decimal convirtiendo á la ciencia en auxiliar efficacísimo de la fraternidad humana; sus artistas salvaban las limitaciones del clasicismo, inspirándose en los sublimes ideales que á la sazón fermentaban en todos los cerebros y hacían palpitir todos los corazones.

Hoy no hay quien saque á Francia de su neutralidad en frente de todos los conflictos que surjan en el mundo. Aliada de Rusia, busca su defensa contra la

triple alianza en la unión de un déspota que también la teme, no en una fuerza de tendencia racional y progresiva, convirtiéndose por este hecho en cómplice de las infamias de Siberia, ella, la nación que por la voz de la Convención declaró: «Los reyes, los aristócratas, los tiranos, sean quienes fueren, son esclavos rebeldes contra el soberano de la tierra, que es el género humano, y contra la legisladora del universo, que es la naturaleza.» Más que egoísta, desconfiada colectivamente de cuanto le rodea, del mismo modo que cada individuo desconfía de su vecino; atenta preferentemente á conquistar mercados para sus productos; falta de ideales que propagar é imponer por el mundo, deja á sus sabios, á sus pensadores, á sus artistas, á sus trabajadores y sobre todo á sus mujeres—aquella mitad de Francia de quien dijo un escritor que no tiene más porvenir que *la messe ou le grand seize*, es decir, devota ó prostituta,—que se arreglen como puedan, saliendo entre ellos á flote el que puede por sus propios medios ó por los azares de la suerte, ó yendo á parar á la Morgue, aumentando el número de los infinitos suicidas que pierden la paciencia ante la lentitud con que devora la miseria á los que arrastran la triste vida de la desesperación.

La Nación apóstol, como la llamó Victor Hugo, se ha convertido en el Estado burgués, que olvidando el «amor sagrado de la patria,» de Rouget de Lisle, sólo escucha la repugnante excitación de Guizot «¡enriqueceos!» y reserva sus aplausos para el ejército cuando le ve en gran parada, sin dejar por eso de burlarse del *pauvre pioupiou*, como irónicamente llaman sus compatriotas al soldado francés, en el café Concert, donde se presenta siempre á guisa de payaso.

Aquellos obreros y aquellos campesinos de Jemmapes y de Valmy, á la sazón ciudadanos y siervos pocos meses antes, iban al combate, no tanto por la defensa de su patria como por la difusión del ideal revolucionario, ansiosos de fraternizar con los oprimidos de las naciones enemigas.

Hoy el ejército francés, después de la alianza franco-rusa, dejando aparte la absoluta ó incierta positividad de esa alianza, ni la revancha de la derrota del 71 significa; es algo menos noble que eso: no pasa de la categoría de matón en una casa de tolerancia.

Por eso Zola, el único francés que ve claro los vicios dominantes en su país, que se los arroja al rostro con el heroísmo del valor cívico y la magnificencia del arte, á la vez que denuncia el maridaje del jesuitismo antisemita con la bárbara fanfarronería militar, del hisopo con la espada; el autor de *La Débâcle* y de *Lourdes* ha sido condenado recientemente, en virtud de no importa que triquiñuelas legales.

Entusiásmense los franceses cuanto quieran ante el gran desfile de Longchamps, aclamen á sus regimientos al paso del Arc de Triomphe y de la Avenue de la Grande Armée, pero sufran que la lógica les diga que una nación que tuvo un periodo como el de 1789 á 1793 y una capital que se da el tono de considerarse como el cerebro de Europa, al gritar ¡*Viva l'Armée!* se coloca á más bajo nivel que aquellos campesinos españoles de 1823, fanáticos é ignorantes, que, sometidos á la secular intolerancia clerical, gritaban ¡*Vivan las caenas!*

ANSELMO LORENZO.

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO

En asuntos de amor, nada tan eficaz para curar uno de antiguo que poner en su lugar otro de nuevo. Esta es la recomendación que yo haría incesantemente á todos cuantos fueran desgraciados en sus amoríos.

Quizá me contestará alguien que no se arranca del corazón el amor como de la boca una muela. A eso replicaré yo y conmigo todo el mundo sensato, que cuando uno siente amor y no se ve correspondido la única solución racional es que se esfuerce en ahogar dicha pasión amorosa y si esto no le es posible no le quedará más remedio que sufrirla. Por supuesto, que con lo dicho, se comprende que á mí no me gustan los dramas pasionales.

Casos se dan de quien ama con la mayor vehemencia á quien hace caso omiso de su amor como la pastora Marcela del *Quijote*. Malo, rematadamente malo es eso, pues en cuestiones de amor es preferible el desprecio, el odio, el asco si se quiere, que por nosotros se siente ó que inspiramos al objeto de nuestros pensamientos que la indiferencia. Con aquéllo tenemos la seguridad que piensan en nosotros, con ésta..... ni quiero pensar siquiera lo ofensivo que es. Porque esa palabra ¡indiferencia! es terrible para un pobre enamorado. Y lo comprenderá cualquiera.

Pasar por el lado del que amamos y que ni siquiera nos ve, dirigirle nuestras centelleantes miradas y..... ni por *esas*; procurar con él codearnos y á lo más que nos demuestre lo poco educados que estamos con tales apreturas; ¡sin tener compasión el insensato de que por él uno se muere y muy capaz es de zambullirse en el Estanque del Retiro! Yo que quiero conciliar á la humanidad doliente..... vamos, que no puedo.

Sin embargo, me guardaré muy bien de increpar al que es objeto de tal sentimiento y no contesta á él recíprocamente. ¡Medrados estaríamos que *tuviéramos* que favorecer con nuestros quereres á todos los que nos demuestren amor! Pero me causa tanta compasión un enamorado no correspondido, siento tan vivamente sus penas, me asocio tan de veras á sus feroces dolores cuando hay un rival de por medio que me apresuro en vista de la enfermedad á formar diagnóstico y recetar un medicamento de efectos radicales. Así como un clavo saca otro clavo, así como un pensamiento antiguo marcha del cerebro cuando se lo suplanta con uno de nuevo, así un amor viejo en desgracia, vese inmediatamente curado si se lo reemplaza con otro. Sobre todo cuando el enamorado recuerda que tiene dignidad y que es ridículo y tonto el querer á quien no inspiramos amor.

AURORA VILANOVA.



El s
bargo c
miento
educad
to por c
darlo á
Gra
mos en
neració
Pen
no tene
extrem
Mue
tanto c
Que
una ger
poblado
hombre
proporc
aun cua
greso. C
unido á
proleta
Que
castas
Que
libres d
se intro
Hoy
precisa
nos y e
pugna
El h



TRIBUNA DEL OBRERO

SIN EPIGRAFE

El siglo XIX toca á su fin; este siglo llamado de luces y progreso, y que sin embargo califica de utopía todo ideal que tienda á la regeneración y perfeccionamiento de la especie humana, se prepara á hacerle entrega á un siglo nuevo que educado desde luego en los bellos ideales de humanidad hoy teóricos, y que exento por consiguiente de viejas preocupaciones y rutinarismos, marchará á no dudarlo á pasos agigantados hácia la igualdad social.

Grandes serán los obstáculos y dificultades que tendrá que vencer, mas confiamos en que caerán hecho polvo al primer encuentro que tengan con la nueva generación.

Pensar lo contrario sería desconfiar de la nueva juventud, que es lo mismo que no tener fe en la ineludible ley del progreso, mágico ariete que ante su poder se estremecen los cimientos que sirven de base á esta falsa organización social.

Mucho ha cambiado con el progreso el modo de ser de la sociedad, pero no tanto como teníamos derecho á esperar del siglo que termina.

Que hoy como ayer, se lucha, se muere, se mata, en una palabra, se asesina á una generación de pueblos hermanos, por no perder un pedazo de territorio cuyos pobladores pretendieron, pretenden y pretenderán, porque es ley de progreso ¡ser hombre, ser libre! y por no perder ese pedazo de territorio se lucha con la desproporción de uno contra veinte, como si al perderse ese suelo para España, y aun cuando fuera de raza latina, se perdiera para la humanidad y para el progreso. Que hoy como ayer, solo se rinde culto al dinero, al maldito metal, que unido á la propiedad forman los eslabones de la cadena que une á la humanidad proletaria, al carro de la tiranía.

Que hoy como ayer, se levantan esas fronteras que dividen á los hombres en castas é impiden que estos se abracen y se entiendan como hermanos.

Que hoy como ayer, y por temor al «que dirán» hombres que se precian de libres dejan que el horrible pólipa de esa maldita institución llamada jesuitismo, se introduzca hasta lo más recóndito del seno de la familia.

Hoy además, por cobaría suicida no hay tantas plumas valerosas como son precisas, que griten «¡basta de derramamiento de sangre generosa! ¿no veis tiranos y explotadores de la humanidad, que esos pueblo que conduéis al esterminio pugnan por abrazarse?

El hombre de este siglo siempre egoísta no trabaja por conquistar más dere-

chos que los que á él conciernen, dejando en olvido á la mujer y aún queriendo la aprisionar á un feudalismo infamante como si la mujer no formara parte de nuestro sér, como si no fuera nuestra madre y no hubiere de ser madre de nuestros hijos.

¿Equivale esto á decir que no hemos progresado?

De ninguna manera.

Ayer erigían fronteras, conquistaban territorios, luchaban con las espadas en mano por introducir las doctrinas del Mártir del Gólgota, base de la que arranca la civilización; hoy se lucha porque esos pueblos no recobren su libertad, y exterminen á los explotadores; ayer lucharon por un ideal, hoy luchan por el latrocinio.

Ayer fueron esclavos del dinero por ignorancia, hoy lo son por miedo á las bayonetas de que aquel dispone, ¡como si las bayonetas no estuvieran en poder de los eternos parias!

Ayer se arrastraron por las sacristías por religión, hoy lo hacen por hipocresía.

Ayer el bárbaro señor feudal tuvo esclavo al hombre, ¿qué extraño que éste se erigiera en señor de las mujeres? Hoy el hombre cual si retuviera una parte de barbarismo, aún la aprisiona. Luego en el pasado bárbaro hubo ideal y religión, el presente civilizado se distingue por hipocresía, miedo y barbarismo.

Ayer radicarón las ideas en el corazón, hoy radican en el estómago.

Por esto no podemos desconfiar de que el siglo xx, lleve á cabo su obra. Arrancar las ideas del corazón le sería difícil por lo dolorosa de la operación, arrancar las del estómago le será fácil si sabe tocar las fibras de los sentimientos humanos.

Hagamos pues, un llamamiento á los hombres de buena voluntad.

¡Se necesitan obreros para la obra de la regeneración humana!

FRANCISCO TOMEU.

Puerto de Sta. María, Julio 11, 1898.

PARTIDOS ILEGALES

En la vida todo cambia; todo se transforma, todo está propenso á metamorfosis más ó menos violentas y aun mucho más en la vida político-social de los pueblos sujetos á tantos y tan importantes factores como contribuyen á su desarrollo progresivo. Y cuando la mente de un pueblo que lee ávido de ilustración llega ya á un estado tal de adelanto y de cultura en que no puede ver en hechos reales y tangibles lo que piensa, lo que concibe y lo que siente por las trabas que á toda noble innovación del progreso oponen los gobiernos que cada día se separan más y más de la gran masa social, observaré el siguiente fenómeno ó la causa natural y esperada de la perturbación mental y política de un pueblo: todos, siendo mal gobernados, nos creemos aptos para gobernar sin ser gobernados; todos nos sentimos legistas para legislar y fallar las cuestiones todas, políticas, sociales y económicas que naturalmente surgen en la vida práctica de las sociedades; quien,

viendo ocupar altos puestos á hombres sin méritos, sin capacidad y sin criterio, se cree con más derecho para ser él el burócrata y ocupe el alto puesto de donde nace la idea libertaria (intelectualmente considerada); es decir, *ese espíritu insurrecto* de insubordinación que existe en todas las clases y principalmente en aquellas mejor educadas y que piensan algo en nuestra sociedad.

¿Y cuál es la causa de este estado, de esta perturbación y estas agitaciones en que en el día vivimos? nos preguntamos con insistencia queriendo abordar el problema de una sola mirada.

Hay que pensar despacio, hay que ahondar la mirada y llevarla aún más allá del círculo que nos rodea y juzgar sin apasionamientos, sin intereses de partido, sin dogmatismos de escuela, y, sobre todo sin pretensiones de pasar por hombre sabio, filósofo ó sociólogo lo que no es más que reflexión y pensamiento.

Hay que cerrar los ojos para mejor trasladarnos con el recuerdo, con esos ojos del alma, á la vida de toda la Historia y oír la lengua divina de los tiempos, beber su ciencia y estampar en el papel lo que su grande filosofía nos enseña y lo que nuestra pobre inteligencia percibe y penetra en esa mente insondable de todos los siglos. Hay que remontarse á la cuna del mundo con nuestros primeros padres que pecaron lanzando sobre toda la especie el estigma maldito del pecado; pasar por el Sinaí y ver á Moisés en el desierto que nos ilumina por vez primera con la primera república cristiana del pueblo de Israel; trasladarse á la Judea, á la casa del humilde carpintero y seguir á Jesús hasta el Calvario, que lava con su preciosísima sangre la mancha, que hasta entonces había parecido imborrable, del pecado.

Pero cuan pocos, aunque en sí lleven el inmortal espíritu cristiano, saben y comprenden lo mucho que vale y puede una de las ideas que brillan cual iris luminoso, en las páginas de un libro que narra las series sucesivas de sucesos que sucesivamente han sucedido en el transcurso de los siglos y en la vida de todas las generaciones.

En la generación de un siglo, ¡cuántas vidas, cuántos dolores y cuántas muertes envueltas para siempre en el seno de lo eterno!

Y ¡cuán pocos Lázaros han salido del eternal silencio de las tumbas al calor de nuestra civilización para vivir con nosotros y con la inmortalidad de la Historia!

Para el que no sepa estimar la eficacia de un principio y la virtud de una idea, nada significa, nada vale lo pasado; pero ¡ah! que estudiando mucho, con mucha fe, con mucha constancia, no se tiene por menos que reconocer que de todo cuanto más parece nuevo y moderno, hay antiguas y muy seculares tradiciones en el mundo; tan antiguas que pasan de los prehistóricos tiempos de la época anti-diluviana, y el hombre, que siempre ha sido el mismo, con sus necesidades, con sus pasiones y miserias, no ha sufrido más transformación que la indumentaria de un exterior hipócrita con los gustos y refinamientos de nuestra civilización profana, descreída y escéptica de suyo, por tantos títulos maravillosa y por conceptos tantos beneficiosa al par para el bien de nuestra especie toda entera: si no para nosotros que vivimos y pertenecemos al día de lucha y de agitación constantes, si para los que nazcan, para los destinados á recoger la herencia que nosotros podamos legarles; la herencia *legal* de un principio político y de un nuevo sistema de gobierno nacido de la difusión de propaganda de las ideas y sancionado por la

costumbre periódica de su exposición y defensa, ya desde esta *Tribuna* abierta noblemente al obrero que siente y piensa, ya desde la tribuna del inquieto y agitado *meeting* donde nos metamorfoseamos, por decirlo así, cuadre ó no cuadre, de humildes y simples trabajadores en apóstoles fervientes y apasionados de la nueva era de paz, justicia y libertad.

AURELIO MUÑIZ

EL ESCAPULARIO

Este trabajo tiene por objeto demostrar la influencia que tienen las preocupaciones de todos los tiempos con los crímenes de lesa humanidad, y no trataré de estos crímenes cometidos y envueltos en el misterio por ser tarea que necesita para explicarlo capítulo aparte y estar dotado de condiciones que no poseo yo.

Trataré sólo de estos pequeños crímenes castigados por la ley, que no dejan de tener importancia suma, pues con esto se demuestra que somos un pueblo floecadente, que no sabemos imponernos á este fantasma llamado religión y que sus fanatismos son el origen de todos los males sociales.

Con el tiempo que voy rodando por estas universidades del crimen llamados establecimientos penales, he tenido ocasión de conocer delincuentes de todas clases, desde el que ha hurtado una libra de patatas hasta al que está sentenciado por aquellos delitos que todo cerebro bien organizado le parece imposible que hayan seres capaces de cometer tales barbaridades, como son, el robo, la violación y el asesinato, pues yo conozco hombres que segun su sentencia han cometido los tres delitos á la vez.

Casos de estos podría citar una infinidad, con todo lujo de detalles, con sus nombres y puntos donde cometieron el crimen, que no lo haré por el respeto que me merecen los enfermos, que entiendo que son más acreedores de eminentes médicos que de celosos jueces. Los primeros, curan; los segundos, destruyen; poniendo á estos hombres que sufren una desviación en las facultades mentales al montón anónimo llamado de criminales.

Todos estos que han cometido estos crímenes, que podríamos llamar de primera clase, todos sin distinción van cargados de escapularios y otros artefactos del fanatismo religioso; y no es por que tengan remordimiento de lo cometido; que parece habrían de tenerle y que impulsados por este remordimiento se entregasen á la religión en cuerpo y alma por quitarse de encima este peso que á primera vista parece que tendria que molestarles; pero no hay nada de esto; todos desean salir para cometer actos más repugnantes; todos tienen agravios que vengar.

El que sufre una condena por haber cometido un asesinato no tiene pocos que según él han sido traidores y que toda su imaginación está concentrada en determinados individuos y sólo le guía sed de venganza contra los que él cree que son la causa de sus sufrimientos.

Lo mismo sucede con los que sufren condena por haber robado.

No hay ninguno que se arrepienta de lo cometido; antes al contrario; como el primero, deseando salir para robar más al por mayor.

Ha pasado por la academia y ha aprendido mucho de lo que ignoraba, y sobre todo siempre tiene aquella filosofía que dicen que al que roba mucho tiene para partirse lo robado y romper la red que tiene de envolverlo.

Vienen á demostrarnos que el régimen actual no corrige el delito, las estadísticas de reincidentes; antes al contrario, supera el número de delincuentes de todas clases, porque el hombre es el efecto, la causa es más honda y ésta es la que debe destruirse.

Como digo, todos estos que han cometido crímenes de esta naturaleza van cargados de escapularios, y tratando de cumplir con los deberes de la Iglesia son los primeros, pero; los más no saben leer ni escribir; y vaya uno á decírles que con sus actos y reliquias hacen de Dios un cómplice de sus delincuencias y fechorías, que lo tratarán de loco: la Iglesia ante todo.

Lo más chocante es que esta clase de penados son los que disfrutan de más consideraciones por parte de los empleados de dichos establecimientos. Uno puede haber atentado contra sus semejantes, con tal que cumpla con los preceptos de la religión católica será respetado; pero ¡ay! del que protesta que por corta que sea la condena no la cumple.

Aquello que dice el Código que en estas casas se dirá la misa por los que tengan voluntad de ir á ella, es uno de tantos embustes: á los presos se les obliga ir á misa *por la trágala*, como se dice en lenguaje carcelario, y el que se resiste á que prevalezca su individualidad se le obliga con *argumentos contundentes*, y estos son el vergajo, el palo ó la cadena de hierro hasta lograr humillarlo. No creo en la influencia que pueden tener los artefactos de la religión encima de los hombres, pero suponiendo que tuviere alguna, sería contraria á todos los principios de humanidad. A la guerra se mata y se muere con el escapulario, representación que debiera ser de la caridad evangélica. Por lo tanto, los que nos preocupamos del bien de nuestro prójimo debemos trabajar para que en vez de la guerra exista el amor á nuestros semejantes, sin distinción de clases ni razas, y que venga á sustituir al escapulario, el libro; cambiar á los jueces y fiscales por médicos y farmacéuticos; los establecimientos penales en clínicas de curación, y los cañones en instrumentos de trabajo.

Sí; hombres de nobles sentimientos; luchemos en este sentido, cumpliendo con uno de los más grandes deberes, á la par que acabaremos con estos fanatismos que nos envilecen y hacen de nosotros un pueblo de bárbaros y degenerados.

JUAN CASANOVAS.



A SUSCRIPTORES Y CORRESPONSALES

Los que, á pesar de la súplica que les dirigimos en nuestro número anterior, no han correspondido al llamamiento de esta Administración, es que no reúnen las condiciones de actividad y de voluntad que son indispensables para la vida de LA REVISTA BLANCA y para la vulgarización de los principios que sustenta.

Como esta Revista no representa capitales, sino ideas, la publicamos con ideas y no con dinero; así que no lo poseemos para aguardar los resultados de un negocio, sino para mover energías y afinidades.

Considerando que para ello es tiempo suficiente el transcurrido, no mandaremos esta publicación á los corresponsales y á los suscriptores que al salir el próximo número hayan dejado de cumplir sus deberes para con nosotros.

Por lo tanto, advertimos á los lectores que si al ir á comprar LA REVISTA BLANCA se les dice que no ha llegado ó se les dá excusas para justificar el hecho de no haberla recibido, se entiendan directamente con esta administración, pues será que la persona encargada de la venta había olvidado y desatendido nuestras necesidades y nuestras súplicas.

Dijimos que no queremos gastar pólvora en salva. Hoy diremos que tomamos la resolución indicada convencidos de que la persona que no satisfacee sus compromisos con BLANCA ahora y habiéndoselo suplicado con tanta insistencia y franqueza tanta tampoco los cumplirá más adelante y entonces, con más perjuicios que ahora para las ideas y para las personas, nos veríamos obligados á tomar igual medida.

Deseamos nos dispensen los mismos corresponsales y suscriptores contra quienes puede hacerse efectiva esta advertencia y deseamos también que comprendan los móviles que ella obedece para cumplirla con la buena voluntad del que desea armonizar los intereses de la venta con los compromisos del vendedor.

En el próximo número irá la correspondencia administrativa, que por causas ajenas á nuestra voluntad, no ha podido ir en éste.



Imp. de B. Rodríguez: Palma Alta, 55 duplicado.—Madrid.

COLABORACIÓN

DE

LA REVISTA BLANCA

D.^a Soledad Gustavo, profesora.

D. Pedro Dorado, catedrático.

Francisco Giner de los Rios, catedrático.

Juan Giné y Partagás, catedrático.

Leopoldo Alas (Clarín), catedrático.

U. González Serrano, catedrático.

José Esquerdo, catedrático.

Fernando Tarrida, ingeniero.

D. Manuel Cossio, director del Museo Pedagógico.

Alejandro Lerroux, periodista

Miguel de Unamuno, catedrático

Anselmo Lorenzo, escritor.

José Riquelme, periodista.

Ricardo Mella, escritor.

Adolfo Luna, periodista.

Jaime Brossa, escritor.

A. del Valle, escritor.

Doctor Boudin

José M.^a de Puellas, médico.

José Nakens.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, Portugal, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.	1'50 pesetas
» » » » » un año.	5 —
Paquete de 12 ejemplares.	2'00 —
Un ejemplar.	0'25 —

Toda la correspondencia al Administrador.